

**Pepe Cantalejo**

**PADRE GÉNESIS**

**DEMO**

# Padre Génesis

© Pepe Cantalejo

ISBN: 978-84-09-35857-1

<https://desacertada.com>

[cantalejo@desacertada.com](mailto:cantalejo@desacertada.com)

# DEMO

**Revisión:** Antonio Luís González Maravert

**Diseño cubierta:** Ana Fernández Calero.

## 02. GÉNESIS

### MARTES Y TRECE

En el único martes y trece que hubo en aquel año; 1972, nacería Gabriel Gatias Génesis. Un día que ya vaticinaba los derroteros por los que, de manera irremediable, y tarde o temprano, el novicio tendría que caminar. Un día que a la postre marcaría la maldición que le acompañaría por siempre, y con ella las malas acciones que tendería a realizar durante el resto de su solitaria vida.

Fue el segundo de dos hermanos, nacido dentro de una humilde y próspera familia de inmigrantes instalados en Madrid desde hacía ya algo más cinco lustros. Tuvo una infancia feliz.

Le caracterizó mucho el nombre de arcángel con el que fue bautizado: un santo guerrero de un martes y trece, unas armas a tomar para hacer cumplir y castigar a cuantos, según su deidad, se lo merecieran. Sin embargo, cuando vino a darse cuenta, quedó atrapado en la maraña de corruptela que lo envolvería para siempre, aunque su razonamiento cerraría aquella puerta y nunca lo vería así.

Todo aquello vendría años más tarde, pues, desde pequeño

—a pesar de que siempre tuvo un trato respetuoso con su prójimo—, su peculiar mirada lo situó como un extraño frente a los demás niños, y siempre hubo algún que otro rifirrafe con algunos de ellos.

Nunca le gustó compartir los ratos con sus semejantes, ni siquiera para practicar deporte durante el tiempo de recreo, este lo pasaba leyendo textos religiosos que cogía prestado de la biblioteca del colegio parroquial en el cual estudió.

Siempre permaneció ajeno al balón y bajo el vector de la auto marginación que para sí se impuso. Y, a pesar de todo, nunca estuvo solo; Damián, el director del centro y hermano de Adolfo; un religioso que más tarde lo acogería bajo su ala y lo conduciría al sacerdocio, siempre estuvo pendiente de ese niño tan especial.

Con todo, como alumno fue brillante; muy aplicado, destacado y educado. Nunca respondió a sus profesores con una negativa, ni desobedeció mandato alguno de sus padres, excepto uno: la senda religiosa por la que Adolfo lo condujo, siempre bajo la voluntad del menor.



Durante su adolescencia, y bajo el estudio de los mismos libros que portó de infante, cual Quijote con sus andanzas de caballería, apartó de su camino el deseo, tanto sexual como material, y se centró en la doctrina e interpretación teológica.

Ya de pequeño, los pasajes bíblicos le hacían dudar; no llegaba a comprender el porqué de aquel Génesis, y por qué el antiguo testamento distaba tanto del nuevo. Pero Damián, con su buen hacer, siempre supo eliminar sus dudas, aunque Gabriel siempre fue capaz de alcanzar sus propias reflexiones. Adolfo, que visitaba a su hermano con cierta regularidad, se involucró muchísimo en la educación religiosa del menor.

Uno de aquellos días, las conclusiones de Gabriel lo llevaron

a plantear sus dudas frente a Adolfo:

—El momento de la creación fue también el de la destrucción; no por todo cuanto Nuestro Señor concibió, sino por la idea que tuvo de designar a un ser para gobernarlo todo y a todos. Esa semilla de semejanza fue la causante de la desolación que desde tiempos innegables nos acecha y nos condena a la aniquilación por todo cuanto conocemos como vida, sea vegetal o animal. El infante daba muestras de una capacidad de comprensión muy por encima de la media. Incluso no parecía, con aquella deslumbrante madurez, tener la edad que tenía.

—Gabriel, hijo mío —Adolfo siempre le habló con sumo respeto y ternura—, aún eres muy joven para llegar a comprender todas esas metáforas.

—Pero padre —protestaba el niño—, el ser concebido para gobernar, el humano, no trajo un pan bajo el brazo, sino la semilla de la destrucción. Sembró el desorden, el descontrol y el caos. Nuestro Señor nos dotó de una hambrienta necesidad que nunca, por más que queramos, será saciada, y provocará la extinción de todo cuanto creó en la tierra. Afortunadamente el cielo aún está fuera del alcance de la mano del hombre.

—Sí, hijo, por desgracia ahí siguen; más interesados en develar los misterios celestiales que en sanar la tierra; este paraíso fue el paraíso que se les entregó, pero no lo parece, a nadie se lo parece. Aun así, no olvides que todo lo que sucede es gracias a su voluntad, son muchos los caminos y designios que Nuestro Señor marca para todos, sin excepción.

—Pero padre —protestaba otra vez el niño—, aquella afirmación recogida en el Génesis no debería haberse aplicado al vanidoso humano. ¿Será verdad, entonces —el menor conjeturaba—, que Él nos creó a su imagen y semejanza? ¿Acaso Nuestro Señor es igual que todos nosotros? ¡No! —Apretó fuertemente la mandíbula—. Me niego a aceptar esa respuesta como válida.

—Señorito Gabriel Gatias Génesis, debería usted centrarse en la búsqueda de su propia verdad.

Y, tras ese diminutivo, el muchacho le recriminaba con rotundidad, y argumentaba que no era ningún señorito. Siempre

defendió que nadie es más importante que su semejante. Y el sacerdote, derrotado pero satisfecho por la personalidad del niño, terminaba pidiéndole disculpas.

Hubo otras muchas ocasiones en las que Gabriel se planteó serias dudas, y siempre, tras alguna de las visitas de Adolfo, se las expuso. Su caballo de batalla siempre fue averiguar por qué razón su Dios tuvo la necesidad de crear al desalmado ser humano.

—Al llegar el fatídico séptimo día —comenzaba una nueva discusión entre ambos, en cualquiera de las otras muchas visitas que Adolfo realizó— Nuestro Señor debió estar ebrio por tanto amor que sembró en la tierra, ¿no, padre?

»Supongo que le causó cansancio y ceguera, pues muchos padres niegan defecto alguno en sus hijos. Fue, por tanto, incapaz de ver la maldad de aquellos a quienes les dio poder para someter la tierra a su antojo.

—Sí, Gabriel, pudo ser así. Mas cuando alcanzó a verla, a ver esa maldad de la que hablas, envió un diluvio para destruir a todo ser viviente, salvo a los elegidos.

—¿Y había necesidad de ello, padre? —Adolfo cayó en las redes del infante y, en esta ocasión, como en tantas otras, no sabría cómo afrontar las dudas planteadas por el niño—. Nuestro Señor tenía el poder de destruirlo todo con un simple chasquido, ¿por qué no lo hizo?

»¿Por qué permitió la desviación de su creación? No, esto no me parece palabra de Dios, esto es palabra del hombre corrupto...

A Adolfo no le quedó más remedio que proveer al joven con nuevos textos en los que centrar esa desviación; ese cierto grado de ateísmo que ya veía en él, y así tener nuevas maneras de dialogar con el joven. Sin embargo, y aunque las nuevas y venideras visitas no fueron tan duras, sí tuvieron su réplica.

Muy a menudo, Adolfo recordaba las dudas que el menor le planteaba con respecto al paraíso prohibido, ese del que se habla en las Santas Escrituras. Sí, muchas fueron las veces que intentó marcar las pautas, pero el inquieto joven siempre tiraba hacia

otros lares, siempre por los derroteros de la discusión.

—¡Tigris y Éufrates!<sup>2</sup> ¿Padre, qué tendrán que ver aquí los sumerios? Tal vez la Biblia no fuera escrita por la mano de Nuestro Señor, ¿no? Sino por las deidades de aquellos hombres que se jactaban de tanta obediencia y respeto por las leyes celestiales y divinas.

—Gabriel Gacias Génesis, tenga siempre presente que Dios, Nuestro Señor, es eterno. En la época de los sumerios aún no se había creado el papel, por tanto, tuvieron que escribir en arcilla.

»El problema fue otro, pues mezclaron la historia de la humanidad, la que fue designio de Nuestro Señor, con otras historias de fantasías y falsos dioses, así como otros relatos terrenales que para ellos mismos crearon, y así creyeron. De esta forma, surgieron los falsos mitos y leyendas; toda una doctrina de pensamientos que más tarde fueron recogidas por los griegos y por los romanos... —En esta, y en otras más, el infante no pudo procurarse una victoria.



Como era de esperar, Gabriel siguió creciendo, a la par que sus inquietudes religiosas. Y las visitas que Adolfo le hacía cada vez eran más seguidas. Más tarde, tras el prisma de la experiencia y, tras su manera de ver las cosas —gracias también al esfuerzo de Adolfo—, comprendería las metáforas de las sagradas escrituras y la enorme separación entre culturas tan antiguas.

Todo hacía indicar que Gabriel cogería la senda de la teología,

---

<sup>2</sup> Tigris, Éufrates, Písón y Guijón, son los cuatro ríos que, según el antiguo testamento, regaban las tierras del Paraíso. No obstante, y en realidad, Tigris y Éufrates formaban la confluencia sobre la que se asentaba la fértil nación sumeria, de la cual se han rescatado numerosos escritos; los más antiguos hasta ahora (la historia empieza en Sumer). Ya, en ellos, se contemplaba esa separación de cielo, tierra e infierno. Así como los dioses, el Mesías, y muchas otros temas religiosos.

como así fue.

Años más tarde, después de haber llevado una vida simple, pero ardua y austera, orientada a la religión, ingresó en el seminario. Una vida de servidumbre al Todopoderoso era lo que más deseaba y le satisfacía.

Aquella circunstancia lo llevaría, irremediablemente, por su todavía desconocida senda maléfica, así como a ser partícipe de aquello en donde jamás quiso entrar. Sin embargo, había que dar ejemplo y alcanzar la redención a fuerza de muertes y oraciones de perdón. Efectivamente, fue ese el desafortunado germen.

Y, tal vez, esa despreciable deidad; el azar, fue la encargada de escribir aquellos textos cargados con las líneas del oscuro destino que el azar (y ningún otro dios) tenía reservado para Gabriel. Y tan caprichoso fue el destino, como siempre, que quiso que el novicio sirviera de arma para luchar con tanta violencia para, así, de este modo, dar voz a los callados; mediante sus acciones de castigo.

No fue su culpa. «Por supuesto que no», se diría para sí durante el resto de sus días. No fue Gabriel quién comenzara con la idea de castigar sin dar ninguna posibilidad de redención.

En efecto, ni una pequeña oportunidad de cambio ofrecería a los culpables: reos de muerte fueron para él sus víctimas, pues tampoco eran inocentes. No, al menos, ante sus ojos.

Si bien, es cierto que pudo tomar otras decisiones. ¡Quizás! Sin embargo, todo ocurre según el momento en el cual estemos y según las personas que en aquellos nos acompañen. Así fue cómo su senda quedó marcada, pero jamás quiso saber de opiniones de terceros ni de gestos de aprobación o de lo contrario. Y, aunque en muchísimas ocasiones tuvo la ayuda de un orientador; Adolfo, su único juez siempre fue su Dios, también su único y verdadero guía. Nada hubo para él que tuviera más presencia. Aquella justicia hizo que todas sus acciones, bajo su mirada, quedasen impunes.

Para Gabriel, nadie más que su Señor podría juzgarlo. Fue esa, su deidad, la que siempre le proporcionó la senda a seguir y las acciones a realizar. No hubo ni uno solo de sus actos, ni de sus

asesinatos que quedasen sin petición de ayuda para sus almas, ya fueren puras o impuras.

Pudo haber cogido otro camino, tal vez. Pero la cita lo salvó; aquella de un tal Sansón que defraudaba a su Dios en todo, salvo en una cosa. Se agarró a ese simple detalle<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> El señor marcó las pautas para saber cuáles eran los miembros de su pueblo; Israel. Una de ellas fue la circuncisión. Aunque, más tarde, tras la controversia del concilio de Jerusalén, quedó anulada.

## LAS AGRESIONES

En aquella, como en tantas otras ocasiones, terminaron en Daganzo. No obstante, ahora, las fulanas y sus rudos chulos andaban alterados. Una de ellas los reconoció nada más llegar, como si de un par de cómicos se tratase. Las luces, la gente, el frondoso ruido de la noche con sus alaridos, el éxtasis y esa carga de música imparable; todo aquel ecosistema enturbiaba, y mucho, la posibilidad de un avistamiento. Pese a todo, ella lo hizo:

—Sí, estoy segura, son ellos —afirmaba con rotundidad la mujer—. Sería capaz de reconocerlos en cualquier lugar, tanto si caminan juntos como si van por separado. De cualquier manera son inconfundibles, al menos para mí —aseguraba la prostituta ante su chulo.

El tipo, incapaz de vislumbrar lo que ella le contaba, miraba con detenimiento. No le quedaba otra que creerla.

«¿Por qué iba a mentir?», se preguntaba. Aun así le solicitó que nuevamente prestase atención. No era cuestión de dar palizas por doquier, la noche era larga y no había hecho más que comenzar, y si podía evitar un innecesario enfrentamiento pues mejor.

—¡Ya te he dicho que sí! —le recalcó con vehemencia—. Estoy segura —la convicción que mostraba la chica no dejaba lugar a dudas. Pero ella, al percibir la poca credibilidad que tenía frente a su chulo, continuó argumentando—. El tipo más alto, cuando camina solo, va a una velocidad de vértigo, parece algo innato y lo hace sin pretenderlo, como si fuera un autómatas; como en esa película de Ridley Scott.

»¡Dios! Si es que con tantas luces y oscuridad parece que la

estemos viviendo. —La fulana se refería a la película—. Además —añadía la mujer a la par que señalaba hacia Rubén—, fíjate en sus brazos: el derecho lo mueve con cierta disciplina, tal vez sea un militar.

—No me jodas, Mari. Ese tipo puede ser policía, y no quiero pisar de nuevo la trena.

—No, no lo creo —rectificó ella—. La vez que me tocó estar con ellos no vi ninguna placa. Además —recordó—, dijo ser informático. Tal vez haya tocado en alguna banda sinfónica o sea amante de algún deporte de contacto. ¡Vete tú a saber! Pero ya te digo que no es ningún poli. —El chulo se relajó.

—¡Vale! Ibas contando lo de su brazo.

—Sí. —La mujer retomó la exposición, no le quitaba ojo de encima a los dos amigos, que ahora se hallaban varados en un punto del bulevar—. El derecho lo lleva de aquella manera, mientras que el izquierdo lo deja caer al caminar, como si lo llevase dormido. Su postura es bastante recta, como si hubiera hecho la mili como gastador, aunque pienso que no da la talla.

»Tal vez haya estado en la legión, allí también los ahí sin escrúpulos. —El chulo recordó que él también estuvo en los regulares—. ¡Es inconfundible! —No añadió más sobre Rubén, ahora dirigió su mirada y sus palabras hacia Nicolás—. El otro tipo, el bajito, es todo lo contrario: muy lento, con aspavientos y aires de maricón asustado. Mira las ridículas poses de sus manos, parece que va en tensión, cómo si siempre estuviese en guardia...

—Cómo tú —la interrumpió su chulo— cuando crees que te voy a dar una buena hostia —fanfarroneó el tipo. A ella no le quedó más que tragarse el desprecio y proseguir.

—Fíjate bien, es bastante desconfiado. Y lo mismo, si prestas atención, verás que nunca mira a nadie de frente, solo lo hace a toro pasado y por la espalda. —Nicolás seguía quieto, miraba a todas las personas que se aproximaban a su posición, y les seguía con los ojos cuando ya pasaban de largo—. Me da la sensación de que es muy traicionero. —Un «como tú» quiso añadir la mujer, pero no se atrevió—. Haz la prueba, verás que estoy en lo cierto.

El chulo, desconfiando de la mujer, quiso comprobar si era

cierto lo que Mari decía, y ordenó a otra de sus fulanas que se acercase a Rubén. Esta se lo llevó a la barra, y fue cuando apreció lo predicho por Mari: era cierto; los aires de asustadizo de Nicolás lo delataron.



Una vez realizadas las comprobaciones, enviaron a otra que hizo de anzuelo. —Virginia Ladura Infante, conocida como «la dura rubia» o «la rubia dura», por su color de cabello y su apellido—. La rubia se prestó al juego de trío que iban buscando los individuos.

No es que la mujer quisiera, es que no le quedaba otra; no se atrevía a desobedecer al chulo. Y, por otra parte; había que librarse de tipos como aquellos.

Con todo, pensaba que estaría bien vigilada y que aquellos niños, mal acostumbrados a no pagar, no le harían daño alguno; no les daría tiempo. Se acercó a los muchachos y les habló:

—¡Me encantaría dar y recibir con dos tipos como vosotros! —les dijo, al son de aquella pegadiza música<sup>6</sup>. Mordieron bien fuerte el anzuelo—. No negaré que soy de las que cobra, y bien. Pero os garantizo que todas vuestras peticiones serán bien aceptadas, y todas vuestras fantasías quedarán bien resueltas. Soy muy complaciente, quedaréis del todo satisfechos.

Los jóvenes, mientras sobaban a Virginia, se miraron el uno al otro y sonrieron. Sus rostros mostraban el reflejo de aquellos falsos conquistadores; siempre a fuerza de saldo. Pensaron, no obstante, que se irían de rositas, sin pagar y complacidos con el juego del toma y daca. Sí, por supuesto que aceptaron la propuesta.

---

<sup>6</sup> Música: It's no good — Depeche Mode.

—Nos va el juego de trío, te pagaremos bien —mintió Rubén. También la rubia fingió estar de acuerdo.

—Sí, nos va el rollo de trío —añadió Nicolás.

—No hay problema, tengo culo para los dos. Os aseguro que quedaréis cansados con mis juegos. ¡Os vais a hartar!

La rubia —antes de llegar a la pensión que aquellos dos chulos alquilaron para dar un severo escarmiento a los asquerosos amigos— ya saboreaba la paliza que irían a recibir estos. En medio de ellos salió, como si de una colegiala se tratase.

Nadie de aquella zona de fiesta nocturna les prestaría una mínima atención, todos iban y venían de aquella misma manera. Ya se sabe: «unos vienen a joder, y otros a que les jodan».

Las piernas de la chica fueron recorridas por las tórridas miradas de Nicolás mientras le metía la mano por debajo de la ajustada minifalda.

Rubén hacía lo propio con el voluminoso y ancho escote de la mujer. De vez en cuando, se daban un morreo mientras ella le acariciaba la entrepierna. Y así continuaron —con aquellos motivos calenturientos— hasta que llegaron a la habitación de la pensión; a las afueras del barrio, muy adentro del polígono industrial.

El escrupuloso, sucio y cruel hado quiso que también allí, en la habitación contigua de aquella triste pensión, se alojase otra pareja: Luisa, la hermana del novicio, junto a su novio; Estanislao (Tano para sus allegados y amigos).

Pretendían pasar la noche después de una agotadora jornada festiva, que por octubre ofrecía el pueblo vecino de Cobeña, a la que asistieron con toda su pandilla de amigos. Sin embargo, el hospedaje en el pueblo estaba completo y tuvieron que recurrir al cercano Daganzo. Aquella alejada pensión parecía un lugar tranquilo. Contaba, además, con pocas habitaciones y les pareció barato. Decididamente les resultó un buen lugar para descansar, era justo lo que necesitaban.



«Para ellos llegó su día de cobro», pensó la rubia cuando entró en la habitación acompañada por los dos amigos.

Nada más entrar, se dispuso a improvisar y a perder el tiempo. Ciertamente estaba acostumbrada a cepillarse al más puerco que le pagase, pero si en aquella ocasión podía evitar la sesión, pues mejor que mejor.

—Voy al baño —les dijo con voz sensual—. No os marchéis, ¡eh!

—¡Ni locos! —exclamó Rubén—. Aquí estaremos a la espera, como pétreas figuras que al son de la danza del astro se calientan.

«¡Qué estúpido el tipo!», pensó la mujer, sin prestar mayor atención al comentario del analista.

Entró en el cuarto de baño, abrió la ventana e hizo señas a los chulos que esperaban en la trasera del hostel. Mientras tanto, los jóvenes puteros hablaban a propósito de cuadrar las posturas a realizar con la arrogante rubia.

Pasaron unos minutos, la mujer todavía no había salido del cuarto de aseo. Estaba más que disgustada, esperaba a que entrasen los chulos, pero, de momento, no se producía tal acción. Rubén y Cotas; los amigos, se inquietaban por momentos. Creyeron que algo no iba todo lo bien que debería.

—¿Tía, algún problema? —alzó la voz Rubén—. Espero que esto no sea ninguna tomadura de pelo.

Las quejas llegaron a oídos de la pareja que, en el cuarto contiguo, pretendían descansar. Tano se inquietaba.

—No os pongáis nerviosos, muchachos, que ya salgo. Un momentito —la oyeron gritar—. Iros desnudando que no tardo nada. —Pero no le hicieron caso.

Acostumbrados a tanta golfería pensaban que algo iba mal, no sería la primera vez que les daban esquinazo. Continuaron hablando y amenazando a la rubia.

Tano, que no pudo evitar escuchar el tan fuerte escándalo de voces, comenzó a formular una leve letanía de improperios. Luisa trató de tranquilizarlo, y lo consiguió (a medias).

La fulana los notó demasiado nerviosos. Sintió miedo y no quedó más remedio que afrontar la poca valentía de quienes ya deberían haber entrado por la puerta de aquella habitación.

Así que salió del baño y con gran pesar se prestó al juego. La sospechosa idea que mantenían los amigos se desvaneció al momento cuando Virginia Ladura salió del aseo.

Al poco, Virginia se acomodó en la cama y pidió a los chicos que le quitasen las medias. «Pero con mucha parsimonia», pidió. Luego salió de labios de la joven un «no hay prisa ninguna, queda noche para rato».

—No nos sometas a esta tortura —objetó Nicolás—. ¿No ves que estamos deseosos y hambrientos?

—¿No conoces el refrán? —La rubia pretendía ganar tiempo, quiso tranquilizarlos, aunque no podría arañar el suficiente. Uno de ellos dijo no saber—: «Hambre que espera hartura no es hambre ninguna».

Los muchachos rieron y aceptaron el reto del lento juego de la desnudez y, a fuerza de risas, saltos y otros tipos de ruidos prosiguieron. Tano volvía a recriminar aquellas acciones. Luisa, entretanto y de forma reiterada, trataba de calmarlo.

Rubén comenzó a quitarle las medias a la par que recorría a besos sus blancas y hermosas piernas; esas suaves curvas formadas por aquellos apretados muslos que, antes del juego sexual, conferían frescura a aquel instante. Nicolás, por su parte, le quitó el suéter, le acarició hombros y cuello, y la fue mordisqueando y lamiendo —de una manera tan obscena que hasta la prostituta se sintió hastiada—. Con lengua y dientes le desabrochó el sensual sujetador y dejó al descubierto sus recios pezones. Luego los frotaría con delicadeza.

Virginia soportaba, como siempre hizo, el manoseo y el desprecio que siempre sintió por parte de los hombres. Aunque sabía bien que aquello no era más que la relación de un corto deseo; nada de verdaderas caricias de amor ni de pasión. Solo era un

mero objeto sexual en manos de unos hombres, cosa a la que estaba más que acostumbrada. Aun así disfrutó, no del proscenio sexual, sino de lo otro; pensar que pronto llegarían los rufianes y terminarían con aquel asqueroso baile que los dos tipos se marcaban con ella.

—¡Cómo me gusta ese pequeño frotamiento! —fingió ella—. ¡Y qué habilidoso eres con la lengua! —seguía mintiendo aún con la esperanza que pronto irrumpieran los chulos.

—Espero que domines los idiomas mejor que yo, rubia —replicó Nicolás de un modo jocoso. Rubén también hizo un comentario que la mujer pasó por alto.

Al pronto, la prostituta se quedó en paños menores, solo vestida por las caladitas braguitas de color fucsia y, ante la falta de respuesta de los chulos, tuvo que encarar el desenfreno de los muchachos y comenzar con su sensual baile de curvas mientras ellos se excitaban más y más.

Claro que no era la primera vez que lo hacían, pero siempre es morbo.

Momentos después, se puso de rodillas frente a ellos y les pidió que aproximasen sus braguetas. Estos terminaron por desnudarse, se liaron entre el frenesí y la lujuria. La mujer, dejó de lado la inmundicia del instante —no, no sentía ningún tipo de atracción ni bienestar— y comenzó, sin otra que le quedase, con su praxis, aunque puso sus esperanzas en la prontitud del allanamiento.



A esas horas de la noche, los eufóricos gritos de Rubén y Nicolás proseguían, y el enojado Tano, bajo las súplicas de Luisa, también.

La hermana del novicio defendía que, los de la habitación

contigua, estaban de fiesta y que era mejor dejarlos tranquilos. Tano se levantó de la cama en varias ocasiones y golpeó contra la puerta de la habitación contigua para que dejaran de hacer tanto ruido. Los dos amigos oyeron los golpes de protesta, pero no prestaron mayor atención. Virginia, en cambio, tuvo que resignarse al ver que aquellos reproches no eran los que esperaba.

Tano, más que harto, llamó a recepción y lanzó sus quejas; el recepcionista, presto a la caja tonta, le dio largas tras un «tenga un poco de paciencia, hombre», y le cortó la llamada.

Allí, en la recepción del triste hostel, ataviado con aquellos grandes auriculares que cubrían todo el pabellón auditivo, y conectados a la televisión de culo de la época —de aquellas de 14 pulgadas—, proseguía enfrascado en la película de serie «B» que emitían en antena.

Luisa, mientras tanto, volvió a suplicar a Tano que dejase de prestar atención a la sala contigua. Pero a esas edades, los hombres nos creemos más inquebrantables que nadie y, a pesar de las peticiones de su novia para que este eludiese la ofrenda, Tano volvería a postrarse delante de la puerta. Aun faltarían unos minutos para que se produjera el duro enfrentamiento.

—Déjalos tranquilo —le solicitaba su novia—. Pronto terminarán, y es mejor no molestar. No sabemos qué humores pueden tener estos desaprensivos. No ves que están de jarana. Pronto terminarán —volvió a insistir— y podremos dormir tranquilos.

Tano, no conforme con la situación, volvió a llamar a recepción, pero, ahora, nadie descolgó el teléfono.

De pronto, aquella puerta, la que antes fue aporreada por Tano, se abrió de forma violenta tras una enorme patada. El rollo se les cortó al trío, quienes ya estaban completamente desnudos.

Virginia, entregada totalmente a la causa, se alegró, con un «por fin» de aquella violenta irrupción. Los chulos entraron y le ordenaron que se marchase a toda leche. Ella obedeció sin rechistar.

Cuando la rubia bajaba las escaleras, media vestida y con aquellos tacones en sus manos, dirigió su mirada hacia el recepcionista; estaba inconsciente: los chulos no querían testigos de lo

que allí iría a acontecer.

Los cascos del maltratado e inconsciente recepcionista, aún enganchados a la televisión, relataban la perorata de un caos. El hombre pronto entraría en un sueño infinito del que nadie podría rescatarlo.

La paliza empezaba con ventaja para los rufianes; ambos tipos calzaban sus afiladas armas blancas, al momento las mostraron. Rubén Coronas no vio escapatoria y solo se quedó, pues su compañero, El Cotas, se había esfumado cual rata asustada.

Al analista no le quedó más que improvisar un modo de protección —y no hay mejor defensa que la de un buen ataque—. Sus años de práctica karateka le ayudaron a decidir y, tras dos enormes zancadas, dio un salto y arremetió contra el pecho de uno de los chulos. Casi le parte el esternón, le salvó la caída. —Los pasos en retroceso absorbieron el fuerte impacto—.

A continuación, con el manejo de una silla, consiguió arrebatarse el arma blanca que quedó despistada por los suelos, llegando aquella hasta debajo de la cama, allá, donde se ocultaba el miedoso Nicolás Potas.

Acto seguido, Rubén, en su condición de cinturón negro, cual Chuck Norris, propinó un codazo en el cuello de su contrincante; un placaje contra el resentido pecho y, al momento, lanzó una fuerte patada en la entrepierna que, por largos minutos, dejaría a su contrario fuera de juego.

El tiempo pasaría muy lentamente, mas lo que aconteció se produjo a un ritmo trepidante.



Tano, en la habitación contigua, se exaltaba cada vez más y Luisa, nuevamente, acudiría a sosegarlo, ahora con poco éxito.

Entretanto, en la habitación contigua, el otro oponente se aproximó portando la fría charrasca. Aquello no solo era una amenaza, sino la clara intención de acabar con la vida del analista, quien imploró ayuda al contable mientras aquel seguía escondido. El chulo se aproximaba a Rubén y este retrocedió hasta chocar con una de las mesitas de noche de la habitación.

Con gran presteza, y ante las dudas de su atacante, cogió la lámpara y se la arrojó; de nada sirvió. —Tano, ajeno a aquellos embates, se desvestía para luego vestirse; se quitó el pijama y ahora se calzaba sus pantalones. Luisa, temerosa, intentaba detenerlo—. En la habitación de al lado se producían unos pasos de repulsa que dio el chulo, y vuelta a empezar. Nuevamente el agresor buscó a Rubén, mientras que el otro atacante, aun atontado y en el suelo, intentaba incorporarse sin éxito (los huevos cascados, así los sintió).

Rubén revoleó la mesita de noche; tampoco sirvió de nada. Pasó un ínfimo soplo de tiempo y un pésimo viento de gloria que de nada le serviría. Pidió clemencia —la misma que se producía en la otra habitación: Luisa sujetaba a Tano y le solicitaba relajación. Tano no accedería—. Al karateka ya no le quedaban más trucos con los que esquivar al chulo que, con aires de sicario, seguía dispuesto a destriparlo.

Y, cuando todo parecía perdido para el analista —y todo ganado para Luisa, pues parecía que su novio la obedeció—, la automática fue empuñada por quien la recogió del suelo; un asustadizo Nicolás Potas y, en un corto tris, se la clavó en el costado, por debajo de las costillas, y de forma reiterada.

Tano volvió a desvestirse y a enfundarse aquel pijamas de fondo azul cargado de nudos marineros que días antes le regaló Luisa

El chulo murió en el acto y Rubén quedó preso, absorto por la cruel y sangrienta escena. En ese instante se recompuso el otro chulo. —Tano también se reincorporó y, definitivamente, entonó la búsqueda del enfrentamiento—. Ni tiempo hubo de pestañear.

Nicolás le cruzó la cara con la punta de la navaja, desde el pómulo izquierdo hasta la barbilla, y de oreja a oreja.

Los gritos de desgarró de la víctima fueron los mismos que, desde la otra habitación, soltó Luisa cuando Tano se vestía; pero, otra vez, volvió a detenerse.

No así Nicolás, pues prosiguió dando puntadas con la navaja hasta coser por completo —a un ritmo frenético y de forma descontrolada— el bajo vientre del ya maltrecho y debilitado oponente. Sangre y restos de intestinos, el rojo y el marrón, quedaron salpicados por todo el suelo, como si un tapiz de pintura abstracta hubiera sido allí esbozado y mezclado por el hedor del ocre intestinal.

Cuando Rubén, extasiado ante tanta violencia, vino a darse cuenta de la situación, sintió miedo y solamente pudo exclamar:

—¡Eres un máquina! ¡Vaya que sí lo eres!

Mucha rabia contenida fue lo que hubo en aquella actuación, mucha saña, y mucha mala leche. Aunque —he de admitir que— se hubiera dado un resultado similar si la suerte hubiera jugado en contra de Nicolás y de Rubén.

Sin embargo, lo que vino después, posiblemente, no se hubiera producido; ¿la voluntad de Dios, quizás?

# 03: DÍA UNO, DOMINGO

## LA NOTICIA

La desviación, o la revelación de la verdad —como más tarde lo llamó—, ocurrió después de la tragedia. Pasadas las primeras semanas de aquel inicial curso en el seminario su tautológica vida se vio truncada por un suceso que cambiaría para siempre la visión de su fe y el poder divino de redención de la misma.

Aquella fresca mañana del domingo, 12 de octubre, un enorme trasiego de muchedumbre iba de recogida. Las fiestas en bares y discotecas dieron paso a los desayunos de churros con chocolate.

—Gabriel, el rector requiere de tu presencia.

El novicio partió en busca de Adolfo, el rector. Iba como siempre; tranquilo, sereno y confiado. Caminó sin cavilar, no se inquietó lo más mínimo, solía mantener que todo sería revelado en su justo momento. Supuso, a propósito del motivo por el cual fue requerido, que sería un nuevo coloquio o una simple visita, hecho que a diario se producía, de manera reiterada, desde que días atrás entró en el seminario.

—Por favor, Gabriel, toma asiento.

El gesto de dolor del rector fue algo nuevo para Gabriel, no esperaba aquel serio semblante. Jamás, desde que en su infancia conociera a Adolfo, vio tal desgarró en el rostro del rector. Ahí intuyó que algo realmente malo se produjo. No obstante, el joven aguantó el tipo durante la trágica noticia.

Cuando la mañana de este domingo fue hallada por los cuerpos de seguridad, Luisa se hallaba bajo un grado de incapacidad que rayaba el espanto: violada, lacerada y alejada de toda existencia.

Fue intervenida de urgencias, las múltiples contusiones y los descontrolados atropellos hacia su persona así lo requerían. Pocos días más tarde la pondrían en manos de especialistas para intentar traerla de vuelta a la cruel realidad; mas nunca conseguirían sacarla del abismo en el que quedó atrapada. Tal vez fuera así como quedó liberada de tan abominable maldad.

Quisieron avisar a sus padres, mas no pudieron. Cuando acudieron a notificarles la penosa tragedia los encontraron maniataados —sobre los sillones de madera que adornaban la casa—, torturados y fenecidos.



Los estudios preliminares que realizó la policía científica advirtieron que las puñaladas correspondían, al menos, a dos personas. Aunque mantenían que podrían ser tres, pues muchos fueron los cadáveres para que tan solo fueran dos los asesinos. — Los traumatismos que presentaban los cuerpos hallados en el hostel y los de la casa del novicio así lo reflejaban.

Y, pese a que no encontraron indicios de nada, quedaron a la espera de analizar las pistas registradas en el hostel, sus alrededores y también en la alejada vivienda. Todo hacía indicar que, tal y como predijeron los dos amigos, aquella salvajada podría

deberse a un ajuste de cuentas.

Como era de esperar, la policía no halló la hoja de registro de aquel día, advirtió que fue arrancada. Tampoco hallaron el arma con la que acometieron los asesinatos. Aquello los llevó a peinar las proximidades del hostel hasta hallar los cadáveres arrojados a los contenedores de basura.

La aparición de los cuerpos sin vida de los maltratados chulos —que contaban con una larga ristra de pequeños actos delictivos: denuncias por extorsiones y amenazas, tráfico de estupefacientes, proxenetismo, hurtos y otras— dieron pie a que aquella primera hipótesis; la del ajuste de cuenta, fuera aceptada por la jefatura de policía.

Cuando el novicio fue requerido por los agentes para confirmar que aquellos que estaban en la morgue eran los cadáveres de sus padres, se vio en una situación que jamás deseó para nadie, no hasta aquel momento. La fugaz visita a la morgue solo vino a causarle más dolor, como a cualquiera que estuviera en su piel.

Los cuerpos presentaban pruebas de un ensañamiento fuera de lo común, el simple y puro placer de hacer daño. Aquello parecía más una venganza que un atraco, pues no se llevaron nada.

Los forenses reflejaban una desmedida impotencia que, junto a los gestos de empatía de estos, de nada sirvieron para consolar a Gabriel.

El informe forense recogía todas y cada una de las contusiones y puñaladas que la pareja recibió. Los cuerpos hablaban por sí solos. Y, aunque en un primer momento no existía la posibilidad de determinar si el daño se produjo antes o después de que los navajazos recorrieran las extremidades, los exámenes fueron más que esclarecedores: la enorme pérdida de sangre, en cada uno de ellos, provocó el desfallecimiento y, por ende, el paro cerebral. Dos muertes brutales esbozadas a fuerza de mucho sufrimiento.

Según los cortes que ambos cuerpos presentaban, fue como si los asesinos hubiesen jugado a ver quién era capaz de infligir el mayor grado de dolor en el menor espacio de tiempo.

La mujer tenía cortes por todo el dorso, pechos y brazos,

además de varias puñaladas en los costados; hígado, vesícula biliar, bazo, estómago y colon; todos los órganos dañados. Su padre, que también sufrió aquel mismo trastorno, tuvo que ver cómo su mujer se quejaba; tampoco pudo hacer nada por impedirlo.

Y si a la madre le dieron cortes por la zona superior, al padre le castigaron con duras punciones que, desde la cintura hasta la punta de los pies, chocaron en los huesos; los regueros de sangre, ya seca, procedían de glúteos, cuádriceps, aductores, gemelos y flexores. El pie derecho fue hallado desnudo, frío y ensangrentado; la uña del pulgar arrancada, además de varias punzadas sobre la superficie que debería ocupar aquella.

El informe también revelaría cuántas fueron las manos que propiciaron las palizas. Los múltiples cortes y los crueles pinchazos se mostraban como frías partituras de una sinfonía que, cargadas de notas macabras, mostraban una oscura emotividad: dolor sin compasión, placer y ensañamiento sin motivo aparente, y todo bajo un escalofriante empoderamiento.

Ni el tritono diabólico denota notas capaces de transmitir tanto odio y animadversión. Los dos amigos sonaron como dos instrumentos acompasados sobre un mismo pentagrama, bajo una única alternancia —un corte tú, otro yo— y con una larguísima cadencia de muerte que terminó con las vidas de los ancianos.

—Sí, son ellos —dijo a secas.

Ni tan siquiera pronunció una corta oración que evocase la solicitud ni el deseo de un buen ascenso a los cielos o al infinito y tranquilo descanso.

El novicio, en muy corto espacio de tiempo, había alejado de su alma, de su pensamiento, y de su ser, cualquier sentimiento de servidumbre y de respeto hacia su única deidad, aquella a la que siempre veneró desde que descubriera la lectura.

En efecto, despojado quedó de cualquier sentimiento o emoción que estuviera relacionada con fe alguna, y de todo aquello que hiciera referencia a la religión; ni crucifijo, ni libro, ni medalla, ni resignación, ni nada de nada.

Miró a sus padres: el *rigor mortis* eliminó de sus rostros

aquellos gestos de miedo que portaron durante aquella madrugada. Los vio así; sin dolor, sin agonía y sin aquella solicitud de una rápida ejecución que nunca les fue concedida. Y fue cuando se preguntó el porqué de tan hastía maldad.

Sí, la saña fue descubierta en la autopsia practicada a los padres del novicio. Sin embargo, nunca pudieron averiguar cuál fue el móvil de aquella atrocidad; simplemente no lo hubo. Solo dominó la maldad.



Todo dicta mucho de lo actual. Hay quienes ahora, en nuestro presente, ven que las tantísimas cámaras de seguridad que hay instaladas por doquier solo sirven para controlarnos, pero, si en aquel pasado hubieran existido, al momento se hubiese dado con los culpables. No fue así, la realidad fue otra, y no tenían pruebas ni indicios de quiénes pudieron ser.

El inspector de policía que acompañó a Gabriel a la morgue no supo argumentar el móvil del crimen, tan solo auspició la venganza como elemento detonante. Pero aquella, y pese a que la investigación no descartaría el ajuste de cuentas, quedaba fuera y muy alejada de cualquier *vendetta* personal.

—La investigación, sin más pistas que las hasta ahora halladas —le decía el agente de policía—, seguirá su curso. Esto va a requerir mucho tiempo. Aún es demasiado pronto para obtener algún dato que nos conduzca a saber quiénes fueron los criminales. Sin embargo, y pese a todo, hay que tener presente cualquier hipótesis, incluida la del ajuste de cuentas.

Las palabras del inspector, a propósito del curso que seguiría la investigación, y aun manteniendo la idea del ajuste de cuentas, no serían bien acogidas por Gabriel. El novicio no podía asentir con aquella, defendía que Estanislao siempre fue un tipo muy

llano y honesto. Y mucho menos podía aceptar como solución que el desagradable suceso, posiblemente, fuera a extenderse durante meses y meses de investigación.

Posteriormente, las pruebas recabadas en la casa de Gabriel fueron cotejadas con las del hostel, y dieron como conclusión que los individuos que acabaron con la vida de sus padres también fueron los responsables de los asesinatos y agresiones producidas en el hostel.

Fue poco después cuando Gabriel comprendería por qué la policía señalaba al ajuste de cuentas. No obstante, y obviando lo que parecía más que evidente, el novicio no se rendiría.

Y volviendo a lo anterior, nunca antes pensó que existen personas que pueden llegar a ser tan despiadadas; con esa absoluta frialdad, con esa pasmosa calma. Dos violentas muertes a las que habría que sumarle las atrocidades cometidas en el hostel.

Y, aunque se negaba a aceptar tal conjetura, las pruebas le hicieron quebrar el jarrito pintado que tenía sobre Estanislao. No le quedó más remedio que valorar la posibilidad del ajuste de cuentas —así se muestra en las películas, cuando se amenaza con matar de forma violenta a tus seres queridos— o la venganza.

Pero ¿por qué?...

# 04: DÍA DOS, LUNES

## UN NUEVO AMANECER

Gabriel no había pegado ojo en toda la noche y, tras un nuevo amanecer, seguía sin discernir si lo ocurrido formó parte de lo real o simplemente se trató de una maldita pesadilla. Seguía postrado sobre aquella silla del hospital y con las manos apoyadas sobre la cama donde descansaba su hermana.

De pronto, miró a su alrededor y comprendió lo que estaba viviendo: la inmundada realidad.

No quedaba otra que enfrentarse al duro momento y, a partir de ahí, surgiría un nuevo punto de partida.

La única alternativa: vivir frente a la verdad y soportar, día tras día, los recios tragos de un amargo trance que jamás podría olvidar.

Pudo escoger otro camino, el de la senda de la mentira. Pudo actuar como hizo con sus padres: pensar que ella y Tano estarían en un interminable cruceo que los llevaría a recorrer los siete mares durante aquella cálida e infinita luna de miel, mas sabía que el caso no era igual. Luisa, de forma permanente, quedaría

tras ese estado de latencia que ahora la poseía, siempre necesitaría de alguien que la cuidase.

De nuevo alzó la vista, seguía en la habitación del hospital, observaba el rostro despreocupado de Luisa; una mirada perdida y nublada. Parecía estar poseída por el ánimo de un recién nacido; lo auscultaba todo, como si la vida le fuera sido devuelta por obra o milagro de algún mandamás.

Y, aunque la realidad era bien distinta, quizás, y solo quizás, aquel sería el más dulce de los caminos que su mente escogió para poder sobrevivir al desagradable presente. Sería ese el duro camino que le quedase por andar durante el tiempo que le restara de vida.

Tan atrapada quedó en la horrenda habitación del hostal que su testa, tras los golpes sufridos y para salvarla del dolor, se la llevó al país de las maravillas, o al de nunca jamás. ¡Qué más da! Jamás volvería a sentirse viva. Ese mal pronóstico, aunque Gabriel lo sospechaba, todavía le era desconocido.

—No volverá a ser la misma —se decía para sí el novicio. Recordó las duras palabras con las que la psicóloga le habló:

«Tal vez sea mejor así. ¿Qué vuelco podría darle la vida si, día tras día, y noche tras noches, se viera abocada a revivir la extrema agresión a la que fue llevada? Solo ella sabrá los sentimientos de impotencia y de dolor que tuvo que soportar».

El joven novicio maldijo a tantos y despreciables canallas que pululan con total impunidad por doquier. Se quejó de que los buenos siempre acaban sucumbiendo ante aquellos.

Antes de aquellas atrocidades, sostenía que su Dios nunca se olvidaría de los daños producidos y, por más que hiciera, siempre pondría a los perversos en el merecido infierno. Ahora, sin embargo, otro pensamiento ocupó su mente: «Dios es todo amor, todo compasión y si los tipos se arrepienten de forma sincera su fechoría quedará saldada tras un inmerecido perdón», se dijo con rabia.

Al momento dejó atrás ese pensamiento. Ahora, tras las muertes de sus padres y la gravísima agresión sufrida por Luisa, no lo veía así: «No, esto no ha de quedar así».

La sensación de abandono por todo en cuanto creía se disipaba por la habitación como lo hace el humo de un cigarro en un descampado. Salió de la sala con rumbo fijo a la capilla del hospital. Entró sin arrodillarse y sin soltar ninguna oratoria de bendición. El odio que latía en su interior podía sentirse palpar tan fuerte como su corazón, y tan recio cómo el sentimiento de venganza que ahora lo embriagaba.

No, no fue a rezar ni a pedir por su hermana, tan solo pretendía descansar, tener un momento de sosiego —no así de paz—. Buscaba una forma de vislumbrar ese «ojo por ojo» que ahora tanto ansiaba, mas no sabía cómo ni contra quién o quiénes tendría que ejercer ese sentimiento.

Echó la vista al crucifijo, en su extraña mirada ya no había lugar para la reconciliación con su religión ni con aquella deidad que lo arrastró desde su ingenua infancia hasta la senda de austeridad y de servidumbre que desde aquella etapa de su vida había iniciado.

—¿En verdad es justo, Señor? Mis padres, mi hermana, Tano... ¿Se merecían este atropello de odio y de desprecio? —A poco dejó de estar solo en la capilla, se percató de ello. Echó la vista atrás y allí lo vio—. ¿Padre, qué hace aquí?



—Vine a dar el pésame a la familia de un fallecido.

—¡Vaya! ¡Qué oportuno! —despreció Gabriel.

—Tú al menos tienes suerte —apostilló Adolfo—; tu hermana sigue con vida.

El muchacho se giró. Esa rabia y frustración que ahora se posaba en su presente y la pérdida de fe en el ser humano se le reflejaban en su frío rostro.

—¿Con vida? —esputó con desprecio mientras Adolfo, el

rector, lo escuchaba en silencio. No así la madera de los bancos, esta se quejaba con cada apretón que el joven daba sobre ella—. ¿Acaso no la vio? —elevó su ahora desmedido tono—. ¡Acérquese a ella! ¡Mírela!

»Luego venga y dígame si quedó satisfecho con el resultado. ¿Y mis padres? —escupió—. ¿También ellos se merecieron tal atrocidad?

Adolfo permanecía frente a él, de pie, con el riguroso y serio semblante de su vestimenta. Lo miró fijamente a la cara e hizo ademán para seguir escuchando el desahogo de Gabriel.

—Mi hermana era una mujer bella, estupenda, atrevida, curiosa y charlatana. Con tantas ganas de vivir como el primero de los mortales. ¡Vaya a verla! —gritó nuevamente. Un celador, ante la escandalosa queja de Gabriel, entró en la capilla y al instante, ante los reproches del novicio, se esfumó—. Y dígame que todavía ve en ella aquello que fue.

Adolfo; el sereno oyente, en posición recta y sosteniéndose con su bastón, prestaba todos sus sentidos a Gabriel mientras seguía con su alegato de reclamación.

—¿Qué le quedó de su vitalidad? —El novicio se echó a llorar, no de forma imperceptible, sino todo lo contrario; se deshizo en un fortísimo llanto. Adolfo no se atrevió a consolarlo—. Ahora es un amasijo de enclaustramiento, una condena en su propia nada. Ni siquiera puede apreciar la luz del día, anda entre tinieblas.

—Quien declara inocente al culpable recibe la maldición de los pueblos y el desprecio de las naciones; mas quien le reprende será alabado y bendecido. —Las oraciones del rector confundieron al muchacho, pero no realizó ninguna alabanza. Adolfo continuó, ahora con un tono más elevado y una voz más seria, con contundencia—. ¡Quién grita reza dos veces! ¡Vamos, desahógate! —Gabriel quedó desconcertado.

—Señor rector —se limpió las lágrimas—, ¿qué quiere de mí? —Lo miró fijamente, luego echó la vista al suelo, buscaba algo, mas no encontró nada, solo desolación y desconsuelo—. ¿Acaso cree que conseguirá hacerme volver al rebaño?

—Gabriel, solo quiero que salgas de la senda que estás a

punto de coger —inquirió Adolfo con vehemencia—. Si no lo haces quedarás perdido para siempre. Puedes pensar que todo te fue arrebatado, mas si pierdes tu fe, será cuando realmente lo pierdas todo. —El rector meditó—. ¿Recuerdas aquello que me contaste cuando decidiste tomar esta vida de servidumbre?

—¡No! ¿Qué? —El joven volvió a caer en la confusión, no esperaba esa pregunta. El rector vio su desconcierto y le refrescó la memoria.



—Aquello que me contaste sobre lo que opinaba tu familia cuando optaste por el sacerdocio.

—¡Sí! —batalló ligeramente el muchacho—. Recuerdo haberle contado que mi familia se opuso a mi decisión, Luisa fue la única que me apoyó.

—¿Y qué crees que pensaría ella si estuviera en sus cabales?

—Pues lo mismo que yo: este mundo no es más que una puta mierda —admitió Gabriel con desprecio—. Y si existe un Dios tiene muy mala leche, el muy cabrón. —El rector pasó por alto los insultos hacia su dios.

—¿Crees entonces incorrecto que deba producirse el mal?

La pregunta de Adolfo hizo recapacitar al novicio. Suspiró. Sus labios temblaban, bien por el sufrimiento, bien por la impotencia. Quiso objetar una nueva queja, mas enmudeció, se lamentó y finalmente respondió en un tono más relajado.

—El mal debe producirse, sí —pronunció con bastante resignación. Adolfo, aún en pie, asintió—, pero para castigar a quienes se desvían. —Adolfo volvió a asentir. Esta vez su mirada parecía satisfecha con aquel resultado dado por el novicio—. Pero, si es verdad que existe ese Dios, quien hasta hace poco fuera mi razón de ser —Adolfo, con sus labios apretados, negaba tan pronta

decisión—, ya debería haber tomado cartas en el asunto. Y no solo por mi causa, no por la causa de mi hermana —añadió—, sino por causa de toda la humanidad. Otro diluvio no estaría de más.

—¿Y piensas que no lo hizo, Gabriel?

Ahí, tras esa nueva súplica, tras la simple respuesta, el novicio mostró nuevas facetas de confusión. Y a pesar de ello, erró en la interpretación; creyó que su superior le pidió que mantuviera la poca fe que le quedaba. Sin embargo, la cuestión que a continuación le planteó el rector lo llevó a entender todo lo contrario.

—¿Tengo acaso la fuerza de las rocas? ¿Tengo acaso un cuerpo de bronce?

—El libro de Job —respondió certeramente el joven—. Fue puesto a prueba por Nuestro Señor —recordó—, quedó despojado de todo para demostrarle a Satanás que, a pesar de todos los males que a este causó, Job le era fiel y leal.

—Y a ti, Gabriel —puntualizó el rector—, aún no te lo ha arrebatado todo. ¡Tu hermana sigue ahí! —Adolfo proseguía guiándole por el camino de luz—. Y no hay prueba más grande de que Dios existe que la de someterte a su voluntad para demostrar tu fe hacia Él.

»Dios no tiene porqué ser bueno, no de la manera en que nosotros, en que tú —enfaticó— percibes el bien o el mal. —Se detuvo, el novicio prestaba atención—. No todo depende de nuestra perspectiva. Y si no existiera el mal, ¿cómo podríamos saber entonces qué es lo correcto y qué lo abominable? —El joven se dio media vuelta, miró hacia el crucificado y comenzó a recitar una ley —de aquellas del monte Sinaí.

—Vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie...

El rector, apoyado por su bastón, se sentó con rostro satisfecho y, de manera inmediata, volvió a ponerse en pie.

—¡Exacto! —se reafirmó—. ¡Ahí lo tienes! —le mostró con soberbia—. Esa es la única y verdadera justicia divina; la de Nuestro Señor.

—Y lo de poner la otra mejilla, ¿adónde quedó? —El novicio se volvió, su embrollo recibió nuevas formas de expresión ante la oratoria del Señor—. ¿Tal vez el mensaje de Nuestro Señor?...

—No, Gabriel Gatas Génesis. No si se incumple una ley —le cortó el rector y dejó de llamarlo de usted—. Una que provenga de los mandamientos que Dios, Nuestro Señor, entregó a Moisés.

»Todos estamos en el camino del Señor, y no todos le servimos de la misma manera. Él nos habla, nos ofrece alternativas para escoger la senda por la que debemos pasar. Pero es nuestra la decisión: el libre albedrío, ¿recuerdas? —Gabriel cavilaba mientras su mentor seguía con su perorata—. Aquel otro pasaje, en el que violan a la pobre mujer y sus hermanos acaban matando a todos aquellos hombres, ¿quién crees que sembró esa idea en las cabezas de Simeón y de Levi?

—Sigo sin comprender.

—Pronto lo harás, hijo mío. —Adolfo se arrodilló, se persignó, pronunció unas palabras de alabanzas y volvió a incorporarse. Después salió de la capilla.

Gabriel, atónito, volvió a quedarse solo con sus pensamientos y sus oraciones. Y así, todavía portando la vara de la incertidumbre, pasó aquella tarde de desconsuelo. Ahora, una única oración rondaba por su cabeza:

«¿Qué he de hacer entonces?»...

# 05: DÍA TRES, MARTES

## REMORDIMIENTOS

Se levantó de aquella maltrecha silla de hospital cuando aún no habían brotado los primeros destellos de un nuevo sol<sup>10</sup>. Todavía contaba con las dudas que sembradas dejó cuando se fue a orar.

Otra noche más que pasó sin pegar ojo, rememorando cuán duro fue, y pensando en cómo debió haber sido. Pero sobre todo, durante aquella noche, rezó e imploró perdón a su Dios, a propósito de su pérdida de fe, a la par que solicitó una señal que le ofreciera el empoderamiento y la capacidad necesaria para atrapar a los culpables y someterlos al castigo divino, aunque impartido, por supuesto, desde la geometría terrenal.

Entonó con devoción plegarias de perdón junto con cánticos y alabanzas a las que, desde entonces, recurriría cada vez que tuviese que afrontar situaciones similares, aquellas en las que tendría que impartir ese firme castigo.

---

<sup>10</sup> Música: Wish You Were Here — Pink Floyd.

Durante la hora de maitines, volvió a la capilla y prosiguió con sus ruegos y peticiones, aquellos dieron paso a un nuevo soportar. Su testar le sugería inapropiadas respuestas con las que solventar sus dudas. Tras la llegada de la nueva hora; laudes, pidió por los suyos.

Luego se centró en la tediosa búsqueda de quienes asesinaron a sus padres y dejaron a su hermana despierta, pero sin vida, sin alma y en el lugar donde la doctrina católica dice que descansan los fallecidos sin bautizar.

No, su hermana no murió, aunque lo más acertado sería decir que ya lo estaba. Al poco regresó a aquella sala del hospital, al lado de su hermana.

«¿Por dónde he de comenzar?», una cuestión incapaz de aclarar. «Tal vez si diera vueltas por el pueblo me enteraría de algo. No debo preguntar, solo escuchar. Sin embargo», se hallaba inmerso en la perorata de la duda, «¿cómo abordar el problema, cómo hacer para que nadie sospeche?» seguía diciéndose mientras observaba a Luisa en esas primeras horas de aquel desagradable martes.

Su hermana se sintió alterada; gemidos de sufrimiento, de impotencia y de dolor se le escapaban del inconsciente. Gabriel quiso tranquilizarla, le sujetó la mano, pero fue repudiado y golpeado por ella, que ahora parecía revivir todo aquel sufrimiento.

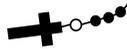
Se rasgaba la piel, como queriéndose librar de las sucias y asquerosas manos de quienes la ultrajaron tan fríamente. Gemía de dolor y gritaba de manera incesante. Pataleaba con temor e impotencia. Su hermano intentó calmarla en vano. Pulsó el timbre con insistencia y rápidamente asomó la enfermera que, tras comprobar su estado, la sedó. Gabriel se apenó por el sufrimiento de Luisa, esa aura de miedo asaltó su cándida realidad.

Su hermana, ahora calmada, permanecía postergada en aquel firme y severo estado de la nada: desaparecida. Caminaba por un desierto de sombras, de vez en cuando sería devorada por los fieros recuerdos que en ella, en su cuerpo y en su mente, sembraron los malditos y malnacidos agresores.

No volvería a hablar, de su boca solo se escapaban vocales

sueltas y alargadas; su cerebro también había cerrado el área de Broca para que, por sus cuerdas vocales, no vibrasen ni una sola palabra más de dolor. Los lóbulos temporales, no obstante, solo despiertan durante los sueños, es ahí cuando, cualquier persona, cuando ella, permanece inconsciente, aún más inconsciente de lo que ya estaba. La cotidianidad la fue envolviendo y así, como un lacerado recuerdo lanzado al vacío, se quedaría para siempre.

—Job —pronunció el novicio mientras la observaba. Otra vez surgía, y muchas más en su vida surgiría, la mención del bíblico personaje—. Jamás perdió la fe. —Aquellos momentos le trajeron nuevos recuerdos de cuando renunció de su Dios, y con ellos legaron nuevos remordimientos.



Ya tranquilizada su hermana, la dejó y otra vez volvió a la capilla. En silencio expuso al altísimo sus plegarias de perdón y reclamó otras nuevas de salvación.

«Que mi Señor se la lleve pronto a su lado. Pasarán los años para ella, sometida a este estado de inconsciencia, y rozando la demencia y la locura», su lamento era tan profundo como su dolor. Pero, en eso, su Señor no le ayudaría.

El sentimiento de culpa del novicio tendría que ser saldado mediante otras pruebas que su deidad le impondría. Ya se daría cuenta, llegado el momento, de cuáles serían aquellas. Y en aquel tris comprendió que esa; su primera penitencia, sería permanecer junto a su hermana y soportar el dolor de verla en ese estado.

Sí, Gabriel comprendió que la escena quedaría transformada en un cotidiano sufrir, un dolor insoportable que se repetiría día tras día, una y otra vez, como justo castigo por haber ofendido a su deidad y haber pretendido abandonar el destino que aquella le tenía preparado. Y supo que tendría que resignarse.

Sus oraciones prosiguieron y un nuevo rezo de aceptación

surgió de sus susurrantes labios. La liturgia continuaría:

—Señor, dame fuerzas para acometer lo que me has pedido. Que tu manto de castigo recaiga sobre los criminales. Guíame hasta ellos y cumpliré con lo que me encomendaste.

Gabriel necesitaba aclarar sus ideas, aunque mucho más sus sentimientos, y para ello no había mejor forma que correr y correr, y encontrar la manera de seguir corriendo, incluso cuando ya se ha llegado al final del túnel, al final de la pared o simplemente al final de la escapada.

Eso pretendía: escapar de la tragedia, dejar atrás el trasiego de personas que le salían a su encuentro. Se cruzaba con ellas y con ese ruidoso devenir de una ciudad ya despierta que no cesaría en su empeño (el de provocar más y más ruido) hasta bien soterrada la luz de aquel amargo día. Pero, con cada pisada que daba, brotaba el recuerdo de su hermana. Y, con cada acopio de aire que exhalaba, surgía un mal deseo hacia quienes le provocaron aquella terrible situación.

El lento e intenso recorrido por las ásperas calles, cargadas de aceras repletas de la pesadez del otoño, no correspondía a ninguna estrategia de esquivo, más bien era lo más cercano al laberinto de sensaciones que mantenía en su cabeza y del que deseaba salir. Sí, lo deseaba, con todas sus fuerzas. Sin embargo, para que aquello fuera posible, antes tendría que pagar enteramente las cuentas pendientes.

Pasadas unas horas, después del almuerzo, la hora nona, el novicio deambulaba por el cementerio. Llegó al lugar donde los restos sin almas de sus padres reposaban. Se detuvo y contempló las frías lápidas. La falta de adornos quedó desterrada cuando depositó sobre ellas dos rosas rojas, tan rojas como la sangre que les fue cruelmente extirpada a fuerza de cuchilladas.

Ya no podía esquivar más aquel embate; no estaban de viaje, sino allí, bajo tierra y encerrados para siempre. Esa fue su duda:

¿Cuestión de libre albedrío o voluntad divina?

Aceptó la última de aquellas; enterrados allí, por y para siempre, por gracia y voluntad de su Dios quien, no solo posó la mirada sobre Gabriel, también colocó su dedo sobre sus hombros.

Ahora sí hubo un rezo y una oración de salvación. Una oficiosa misa que antes les fue negada y que ahora se producía sin más testigos que él mismo y los ya desaparecidos. Aquello sería suficiente para que sus padres descansasen en paz. Les hizo, no obstante, un par de promesas. La primera fue la de cuidar siempre de su hermana, prometió que jamás le faltará una buena mano que la cuidase.

La segunda de las promesas fue encontrar a los asesinos y darles el castigo que merecían, según su Dios y siempre bajo sus leyes.

Hubo una tercera promesa; la de no volver a visitarlos hasta castigar a aquellos canallas. En otro sentido, y posteriormente, Gabriel tendría que desprenderse de aquellos indeseables remordimientos a los que le conducirían las aflicciones propuestas por su deidad. Sin embargo, todavía era pronto para plantearse el desconocido reto.



En otro punto de la ciudad, y en esa misma mañana, Rubén Coronas llegó tarde al trabajo. Apenas había dormido durante la pasada noche. Los sentimientos, a propósito de esas actuaciones cometidas bajo un gélido aplomo, de un modo tan gratuito y violento, lo sumieron en un choque de valores. El remordimiento con el que ahora vestía el analista no hacía más que arrastrarlo hacia los frágiles recuerdos de su infancia, de su adolescencia y, finalmente, hasta el flagrante fallecimiento de su padre.

Su progenitor siempre fue un hombre recto, con gran disciplina y de gran temperamento. Intentó volcar aquellos valores en su hijo, pero Rubén solo veía temeridad ante la figura de su ancestro. Jamás lo dijo y nunca se lo contaría a nadie, pero cuando su padre falleció vio una puerta por la que escapar y librarse de la severa disciplina con la que aquel lo educaba.

Pasados los años de su pérdida, y tras lo acontecido, recordó las sabias palabras y el grado de disciplina con que su ancestro siempre lo tratará.

«¡Cuánta razón tenías, cabronazo cascarrabias!», se decía para sí mientras recordaba a su viejo.

Al poco cambió el tercio. Había faena por hacer, mucha más de la que por asuntos laborales tenía. Los personales también estaban ahí, y todos hubo que solventarlos. Su futuro más cercano, su idea principal, pasaba por alejarse de su compinche —el Co-tas— que había recluso a su personalidad flemática y pudorosa para dar cancha a su nueva y agresiva apariencia. —No en vano se había posicionado como macho alfa de aquel dúo de criminales que entre ambos formaban—. Un equipo en el que Rubén, que ahora que no sostenía las riendas, no se sentía cómodo, mas sabía que no resultaría fácil la tarea de desapego.

—Nicolás no querrá que me vaya de su lado. Todo lo que yo haga lo verá como un insulto o como una traición hacia su persona. Pensará que querré ponerle la zancadilla y al final buscará las maneras para que sea yo quien pague por todo.

Cada vez que el analista cerraba los ojos revivía la escena; aquella tortura a la que la sometieron y, tras ella, la paliza de muerte que le propinaron. Y, por último, lo primero; aquellos gestos de espanto de la joven cuando la descubrieron en el pequeño cuarto de baño de la maldita pensión.

Cogió el periódico que guardó donde se contaban los drásticos lances —publicado el doce de octubre, el día después de que cometiera el voraz y desagradable episodio—. Leyó el artículo por completo: los sucesos, el macabro hostal, las muertes, los contenedores, y la mujer hospitalizada en el «12 de Octubre» —un nombre que jamás se le iría de la cabeza—. El mismo día en que supo de toda aquella tétrica tragedia, supo que sus padres abandonaron este mundo, y supo que su hermana se mostraba más muerta que viva. El artículo resaltaba la falta de pruebas para esclarecer el suceso.

También detallaba el maltrato que la mujer sufrió, además de su frágil estado de salud, Además, describía morbosamente la

brutal paliza de muerte que se le dio a su novio, amén de los cuerpos hallados en los contenedores cercanos y también lo acaecido en la casa de sus padres.

Rubén suspiró.

—¡Joder! Hubiera preferido seguir pagando a las putas que haber llegado a esta situación —se quejó en voz alta, como si de aquella manera pudiera librarse de su porcentaje de culpabilidad. Tendría que aprender a vivir con ello.

Planeó realizar una visita al hospital para ver en qué estado quedó la joven. Una ínfima y discreta visita que utilizaría para que sus remordimientos y culpabilidad se aplacasen y, además, en caso de que lo descubriesen, le sirviera de atenuante.

Y, mientras urdía aquello, siguió con sus bucles: terminaría los trabajos de programación que tenía pendientes y después buscaría otra estrategia que le ayudase a salir de la angustiada situación en la que se hallaba. Pese a todo, y por más vueltas que le dio, no supo qué esgrimir para abandonar tal escollo, así que repelió la idea y esperó a que el viento le fuera favorable. Y, después de tanto batallar contra sí mismo, llegó a la misma conclusión que poco antes desechó y en la que coincidía con el Cotas:

—Hay que terminar con la puta antes de que nos delate.



Nicolás, por su parte, no sabía el significado que supone el querer volver al pasado y no hacer lo que hizo. Se mostraba sin aflicciones ni remordimientos por lo sucedido. Asesino nato, así se autoidentificaba ahora: feliz con sus nuevas facetas de líder y de criminal.

Y, tras estas, quiso buscar otra más que le sirviera como complemento de la segunda: cazador. Pero el cuchillo no era lo ideal para un tipo tan flácido y debilucho como lo era él. La mala leche

va por dentro. Por eso, su poca fuerza debía ser suplida con un certero y agresivo instrumento que le distanciara del cuerpo a cuerpo.

Así que aquella mañana pidió el día libre en el curro y fue a comprar un arma de caza. El certificado médico lo consiguió años atrás, sin problemas, cuando su tío se lo llevó de montería, aunque, por aquel entonces, Nicolás no sostuvo arma alguna.

Luego, por la tarde, acudió a prácticas de tiro para cazadores noveles y entabló conversación con otros tipos, muchos de ellos ya eran experimentados cazadores. Nicolás, no obstante, se sintió uno más de aquellos, quienes el divertimento de disparar por placer les hacía levantarse de la cama a las cinco de la mañana, sin importar si era lunes o domingo, y sin ningún tipo de queja ni agobio.

La charla con sus nuevos compañeros se prolongaría por varias horas y tomaría distintas vertientes. Por un lado; la justificación del depredador. Argumentaban que era una forma de mantener en pie el ecosistema. De aquello pasaron al bar y a hincharse de cerveza. La conversación tornó a otros cantares.

—La escopeta, ese empoderamiento, aquello de sujetarla para disparar, esa sensación que ofrece no te lo da ningún balón de cuero —varios de los contertulios coincidían en aquello—. Tal vez el estoque pueda proporcionar mayor placer. —Nicolás asentía frente a toda aquella palabrería.

La conversación cambiaría de rumbo y los ojos del contable brillaron cuando hablaron de aquellos despojos que hallaron tirados, como bolsas de estiércol, en los aledaños del polígono.

—Seguro que fueron ellos, los dos individuos que sacaron de los contenedores, los que mataron a la pareja y al recepcionista —decía uno de los contertulios—. ¿Sabes? Esos hijos de perra eran malos tipos. —«Muy malos a decir verdad», apostillaba otro—. Unos maleantes de poca monta que siempre iban en busca de gresca. No había lugar al que fueran donde no la armaran.

El contable se enorgulleció de su hazaña, sintió que había librado a la sociedad de aquella gentuza. Pero, aun así, no podía dejar pasar por alto el detalle; alguien terminó con ellos.

—Discrepo en eso —objetó—. Si hubieran sido ellos no estarían muertos, ¿no? —preguntó Nicolás como si desconociera lo que allí aconteció—. Seguro que les tocó el papel de presa. No fueron más que unos pobres desgraciados. Quizás consideraron en desventaja a sus atacantes. En cualquier caso, es bien seguro que alguien se los llevó por delante. Se confiaron y lo pagaron caro.

Si le hubieran metido más los dedos hubiese terminado por confesar la fechoría. Su ego se acrecentaba por momentos, se moría por contarles que él, con ese aspecto frágil, enclenque y derrotado fue quién puso fin a la vida de aquellos rufianes.

Ahí, con esa conversación entre dientes, como aperitivo que acompañaba a las bebidas, se jactaron de hablar de las maneras en las que, a cañonazos y a bocajarro, hubieran terminado con las vidas de esos desagradables y malnacidos despojos; lo que eran para la sociedad. Pero claro, nunca antes, y sabiendo lo que siempre fueron, ninguno de los presentes fue capaz de plantarle cara durante cualquiera de los actos y trifulcas en los que los chulos se vieron envueltos.

La verdad del cobarde es hablar *a posteriori*, cuando ya no queda nada por hacer.

La cháchara volvió a girar y la tónica moduló a otra dominante: la caza y la pesca, la jara y el sedal, y las emociones que emanaban de aquellas prácticas. Varios de ellos coincidían en que establecer cierta distancia con el deseado trofeo era fundamental para poder demostrar sus dotes de atino. La emoción del tirador consistía, en parte, en la gran ventaja que proporcionaba controlar a cada presa desde la distancia.

Nicolás, pese a haber asistido con su tío a varias cacerías, nunca tuvo el deseo ni la valentía de soportar el retroceso de un arma. Nunca sintió la sensación de la que hablaban, pero mantenía la afirmación: la distancia, unida al desconocimiento de la víctima y la dominante posición del depredador, sin la menor implicación, suponía una enorme subida de adrenalina.

Sin embargo, otros decían que el gran poder estaba en el cuerpo a cuerpo, en establecerse lo más próximo a su presa y

arrebatarle todo cuanto poseía.

—No te ven. ¡Puedo jurarlo! —sostenía un tal Curro—. Los animales tienen una vista muy corta, cortísima. Hasta el punto de pasar a dos metros delante de ti y no verte. Eso sí, si no camuflas tu olor mal vamos.

El relato de ese mal arte con el que Curro asesinaba a sus presas; a puñaladas y degüellos durante un momento de sosiego y tranquilidad del animal, excitaba enormemente al contable. Se vio reflejado y, con euforia, rememoró la escena de la habitación del hostel mientras sometía la fresca cerveza a su gaznate.

Mas, después de aquella intensa charla, dudaba. No sabía qué sería más placentero, si la distancia y la tranquilidad que ofrece la escopeta o, en cambio, la complicidad que proporciona el arma blanca junto a la sensación de poder blandirla en la frágil carne.

«Tendré que catar la experiencia para poder opinar», pensó. Al día siguiente la tentación llamaría a su puerta y entonces sabría qué le reportaba más beneficio emocional.

Mientras tanto, y todavía en la taberna, la plática proseguía e hizo un muy esperado giro, pues no hay conversación entre hombres en las que no se hable de mujeres. Y pasaron de las presas y escopetas a las bragas de las hembras: mujeres, amantes y putas.

En ese embrollo Nicolás Potas cambió su argumento y su verdad; buscaba el acercamiento de una coartada (por si la necesitase más adelante) y dio una visión alejada de ese antiguo trabajo del que se habla hasta en el mismísimo Deuteronomio. Simuló tener novia desde el momento en que conoció a Laura, y hablaba de ella tal y cómo lo hacían los demás acerca de sus parejas.

Y cuándo se llegó al cuento —el de llegar a la esquina y pagar para meter— se mostró contrariado y escrupuloso. Tampoco es que hiciera mucho más hincapié, mostró una simple postura alejada del tener que pagar por sexo. Cosa que, en realidad y desde hacía algún tiempo, cumplía: no pagar por ello, y poco más.

# 06: DÍA CUATRO, MIÉR- COLES

## EL CANOTIER

A las 7:30 de la mañana despertó. Ninguna madrugada le restaba ya minutos a la noche que pasó. Se levantó y caminó hasta la capilla y allí permaneció inquieto buscando consuelo. Y otra vez derrotado por el cansancio, tras sus pesares y oraciones de perdón y consuelo, volvió a quedarse dormido por completo.

Pudo haber soñado con un mundo ideal, con la sensación de antes, cuando todo le pareció una pesadilla, mas no volvió a padecerla. Sabía que la realidad, una vez producida, es inalterable. Después de despertar, se aseó y acudió a la habitación de su hermana para ver si había signos de mejoría; no los hubo —lo esperado—. Después salió del hospital e inició una larga caminata, un nuevo recorrido a practicar.

—¿Pero cómo? —se preguntaba una y otra vez mientras aguantaba el ritmo.

Recordó las palabras sostenidas con el rector durante su rezo en la capilla del hospital. Buscaba en ellas algún tipo de fisura; el castigo le sonaba a venganza, o la venganza era el castigo.

«No, no puede ser así. No debo albergar en mí sentimientos de venganza, solamente de castigo. ¿Pero cómo expulsarlos de mí?», se decía.

Buscó una respuesta y creyó encontrarla en su particular monte Sinaí. Esa fue la última idea que, anclada, se le quedó en su mente, como quien anota algo importante en una agenda.

Terminó la larga carrera y, sudoroso como un pollo grasiento, volvió al seminario. Aún le pesaba la impotencia, también la ira, el odio y las malas emociones. Y con ellas llegó un nuevo ruego para que se desvanecieran de su ser; jamás las sintió hasta en ese entonces, mas nunca las quiso para sí.

Volvió a salir, esta vez con ropa de calle. Se dirigió a una iglesia, se confesó ante el párroco que se ocultaba tras la calada madera del segundo confesionario que permanecía en la penumbra del diáfano templo de piedra. Confesó el hambre de venganza que le poseía y le transportaba hacia el extraño umbral de la ira y del dolor.

El sacerdote, al otro lado de la rejilla, por más que lo intentó no supo darle el consuelo que ansiaba, tampoco supo persuadirlo. El abatido novicio salió con las mismas dudas con las que entró; asido se quedó por la incomprensión, en aquella ocasión no encontró remedio a sus problemas.

Una hora más tarde quiso regresar al seminario. Pretendía conversar con Adolfo y, aunque no sabía si podría recibirlo, albergaba una afirmativa esperanza. Sin embargo, y a pesar de tales pretensiones, algo le hizo detenerse en su afán de súplica y de salvación —también de venganza.

La casualidad, esa destronada y puta circunstancia que siempre está merodeando por doquier —y es fiel aliada de la suerte, si no son lo mismo—, provocó un cambio de rumbo: dos mujeres hablaban de los cadáveres que hallaron en los contenedores de basura del polígono, justo detrás de la pensión donde encontraron a dos personas asesinadas y a otra muy malherida.

Se aproximó a un quiosco de prensa. Todavía perduraba en los diarios la morbosa noticia, ahora ampliada con más detalles:

«La tragedia, la saña y la mala sangre que quedó derramada sobre los contenedores. Sangre de unos cuerpos ya vacíos, impíos, sin vidas, sin almas, sin capacidad para poder redimirse de sus pecados».

La lectura de aquello le hizo recordar el olor a seca y oscura sangre; muerte.

No quería saber de aquello. Sin embargo, y mal que pesase, su mente claudicó y su olfato simuló el olor que ofrecía tal estímulo. Una cosa llevó a la otra y terminó recordando que, días atrás, en la casa de sus padres, sintió el mismo efluvio a muerte que jamás se iría de su mente, y que ahora, con la descripción dada en el artículo, la volvía a percibir.

Se alejó del quiosco una veintena de metros. Las mujeres seguían hablando de aquello sin ningún pudor ni mayor preocupación que la del morbo producido por el suceso.

—Está claro que terminarían así —le decía una a la otra mientras la segunda asentía—. No eran más que maleantes, todo el mundo lo sabía. Sí, y también que, tarde o temprano, terminarían por morir así. O algo peor, ¡quién sabe!

—¡Lástima lo de la pareja y lo del recepcionista! —soltó la otra—. Dicen que nada tuvieron que ver con aquello, aunque lo dudo...

Y sin saber ni cómo ni por qué, haciendo caso a su instinto, acudió de nuevo al quiosco. Ojeó otra vez los diarios y compró uno de aquellos.



«Muertes y mucha violencia se ciernen sobre Daganzo. El suceso se centra en el hostel del polígono: los cuerpos sin vida que

fueron arrojados a los contenedores de basura, como si de harapos se tratasen, todavía siguen muy presentes en la investigación...», Gabriel suspiró y continuó leyendo.

«Múltiples contusiones y puñaladas. Un ensañamiento fuera de lo común. La policía no descarta el ajuste de cuentas, pues varios de los cuerpos, los hallados en la basura, contaban con no pocos antecedentes. No obstante, la hipótesis principal, indica que... », resopló con gran pesar y dejó de leer.

«También al pobre de Tano le propinaron cortes y puñaladas», buscó con la mirada, pretendía sentarse en un banco del parque. Persiguió en el ambiente una huella que lo llevase hacia el siguiente paso, una respuesta que nunca llegaría. «¿Pero cuál sería este?», no tenía ni idea.

Caminaba lentamente mientras su mente balanceaba la torpe idea de no haberse enfrentado nunca a similar situación, pues siempre, por pequeña que fuese esta, huyó de las peleas. Mas no siempre pudo esquivarlas; no siempre resplandeció ese puente de plata que se le tiende al enemigo. Aunque nunca tuvo maldad ni mala fe en sus actos. Por tanto, ahora no sabía cómo acometer tal empresa.

Sus pies le arrastraron de nuevo hacia el quiosco, compró unas masticables golosinas de colores —la tormenta de ideas así lo sugería—, una pequeña libreta y un bolígrafo, pretendía anotar todo lo que a su mente le rondara.

—¿Quiénes eran los tipos? La policía sigue sin descartar el ajuste de cuentas. ¡Maldita sea! —Mantén sus sospechas al respecto—. Tendré que realizar otras nuevas visitas.

Volvió a dirigirse al asiento. Abrió el periódico, colocó su vista sobre él y su mente se dispuso a orquestar un plan —como si estuviese acostumbrado a ello—. Prosiguió caminando, pero, cuando fue a sentarse donde antes estuvo, tropezó con una nueva incertidumbre, aquel banco ya había sido ocupado por un tipo bastante peculiar. Cubría su cabeza con un canotier adornado por una cinta de color azul. El complemento ocultaba su oscuro y teñido cabello. La cinta que portaba tal prenda hacía juego con los tirantes que sujetaban su pantalón y que corrían por lo alto de

una blusa blanca que parecía ser de algodón.

Tales atuendos se dejaban entrever tras una chaqueta bastante recia y vieja con la que el tipo combatía el frío de aquella mañana. Una vestimenta muy extraña para un hombre que pretendía —esa era la gran duda que sopesaba el novicio— pasar desapercibido mientras permanecía con las piernas cruzadas a la espera de que Gabriel se le aproximase.

Una leve sonrisa se le escapó mientras prestaba su oído a la pequeña radio que tenía pegada al oído derecho. Sin embargo, no fue la sonrisa lo que escamó al novicio, sino el oscuro y viejo crucifijo que colgaba de su cuello; un objeto que ya, desde hacía muchos años, le era familiar.

De repente, Gabriel se fijó en su propio atuendo —no era esa la vestimenta de novicio—. Aun así distaba mucho de aquel que permanecía sentado y que ahora se pasó el inconfundible bastón a su diestra. Ya no portaba la radio, sin saber cómo la había ocultado, pero allí seguía, frenado por el cruce de sus piernas.

En definitiva, a pesar de las dudas que le planteaba el disfraz, la cruz y el bastón revelaron al tipo cuyo rostro, con esa rasurada barba y ese engominado del tintado cabello, le hacían mostrarse bien distinto a quién en realidad era.

—¿Señor rector? —preguntó el novicio con secas briznas de dudas—. ¿Es usted?



—Así es, querido Génesis. Bonito apellido, por cierto. Me recuerda a algo: todavía no sé a qué, pero descuida, ya caeré en ello. Además —vaciló Adolfo en su afirmación—, tu apellido contrasta en cierto modo con esa heterocromía tan misteriosa que posees. ¿No crees?

Gabriel pasó de ofrecer una respuesta incierta a la vez que

desacertada; eludir el enfrentamiento, eso hizo. Sin embargo, con total confusión por la extraña y llamativa indumentaria con que Adolfo vestía, aceptó la invitación de sentarse junto a este en aquel rígido banco de hierro fundido.

—A punto estuve de visitarle —se disculpó Gabriel—. Pero me cautivó el hecho de que el suceso todavía siga apareciendo en los diarios.

—¿Y qué medidas tomarás al respecto? —le respondió su interlocutor obviando lo esbozado en los noticieros de aquella mañana—. ¿Qué piensas, qué iniciativa te propones andar?

El muchacho se quedó quieto y perplejo; el cansancio, los evidentes gestos de sueño, todo aquel compendio parecía haberlo trasladado a un desconocido y lejano paradero. Adolfo captó su castigada razón, comprendió que estaba sometido a la pesadez que ahora, como un mal sueño, incesantemente le acosaba. No obstante, prosiguió.

—Pienso en lo del ajuste de cuentas; la policía se equivoca. Todavía siguen valorando esa posibilidad, y están perdiendo un valioso e irrecuperable tiempo. Y puede que luego sea necesario.

—¿Por qué crees que van mal encaminados, Gabriel? Siguen el procedimiento policial, no hay más.

Ya. Lo sé. Pero, por más vueltas que le doy, sigo manteniendo mi postura; Tano no estaba implicado en ningún mal asunto. Mi hermana lo conocía muy bien. Ambos se conocían a la perfección —recalcó el novicio—, llevaban juntos desde que eran unos críos. Ella jamás hubiera permitido que él cometiese ningún traspie, y mucho menos en cosas tan peligrosas como el tráfico de no sé qué cosas. El dinero fácil nunca será un buen camino a seguir para alcanzar meta alguna, solo desembocará en la maldad.

—Es lo que le ha pasado a Tano —comentó Adolfo sin ánimo de ofender—. Es normal que la policía mantenga su postura y siga valorando esa rama de la investigación. Todo; el asesinato, la violación, los despojos —el rector aludía a los chulos en los contenedores—, el ensañamiento contra tus padres. Todo eso hace apuntar hacia eso; el ajuste de cuentas. Es normal que la policía no quiera descartar esa nefasta posibilidad. Y tú, por mucho

que conocieras a Tano, por mucho que tu hermana lo conociera, no deberías descartar tal posibilidad.

—Me conoces bien, maestro. Siempre he sido muy testarudo. Pero, además de eso, siempre me he guiado por el corazón y jamás por el razonamiento. Ahora, y como siempre, sigo con esta; mi manera de ser y presiento que estoy en lo cierto. Siempre se dice que no se ha de poner la mano en el fuego por nadie. Pero yo sí, seguiré metiendo la mano en el fuego por Tano. Y así será una y otra vez, hasta que alguien me demuestre lo contrario. Siempre he tenido fe en él, desde...

—¡Sabes! —le cortó el rector—. También yo siempre mantuve mi fe en ti. Sin embargo, dudé. Pensé que huirías de todo. Y, pese a que creí haberte perdido, mantuve mi esperanza en que mis palabras, las de la conversación que tuvimos en la capilla, te hubieran ayudado a discernir la paja del trigo y no hacerte descañar. Tal vez te ayude el mantener esa fe ciega sobre Tano.

—Todavía ando con la duda —Gabriel señaló a la plática que tuvieron en la capilla—. Sigo sin entender.

—Sigues sin entender, porque no has querido ir más allá. Aún no has comprendido la verdadera raíz de tu planteamiento. Te hablo de discernir, y eso es lo primero que debes hacer. En cuanto domines esa situación podrás actuar en consecuencia. —Gabriel seguía perplejo. El rector proseguía con la misma apreciación para con él—. Veo que no avanzas en tu entendimiento.

Adolfo cambió de postura mientras varios asombrados corredores cruzaban por detrás del banco donde ambos se hallaban sentados uno frente al otro; Gabriel, con aquellas hechuras y aquella dispar mirada, y el rector con aquel maquiavélico disfraz, daban la sensación de haberse escapado del circo de los horrores o haber salido de alguna película de terror. Y ya, sin la traba del cruce de piernas, se levantó con la parsimonia que su ser le confería.

Dio unos pasos y volvió la mirada hacia el novicio. Gabriel quedó a la espera de petición alguna, sabía que la conversación todavía no había alcanzado su cénit y pacientemente esperó. El rector volvió a dirigirsele.

—Gabriel Gatias Génesis, ¿viene usted o no?

El novicio, como en tantísimas ocasiones había hecho, se dejó guiar por Adolfo, solo que ahora trataba de captar una señal que le arrojase alguna solución al flaco momento por el que atravesaba.

Durante la caminata permaneció callado, solamente mantenía una idea: discernir para conseguir llegar a ese punto de comprensión y de entendimiento que, según su mentor, le faltaba. Sin embargo, con tantas vueltas que le dio al asunto, ni siquiera sabía a qué se enfrentaba, y mucho menos cómo afrontar la contienda con tan desconocido enemigo.

Su malestar fue provocado por dos ideas que no casaban la una con la otra. Dos ideas que, como trenes, corren por la misma vía y en dirección opuesta; el uno hacia el otro. Ahí quedaba la disyuntiva, solamente podría coger una de las alternativas, o tal vez ninguna. Dos ideas, complejas y separadas: el perro tiene cuatro patas y solamente puede coger un camino. Pero ¿cuál elegir? Esa, para él, era la gran pregunta...

No medió palabra durante todo el camino. Simplemente siguió al maestro en dirección norte. No supo, ni quiso preguntar, hacia dónde se dirigían, hasta que llegaron al destino propuesto por Adolfo. Un poco más tarde recordaría que ya estuvo allí, pero aún era pronto para caer en ese detalle.

De pronto se detuvo frente a aquella puerta de entrada, el tipo del canotier le advirtió...



Gabriel se detuvo y miró fijamente hacia aquella edificación. El lugar que chocaba con los enormes y modernos edificios de la gran ciudad y contaba con unas enormes, antiguas y gruesas rejas que dejaban entrever un amplio jardín, con aquellos cuidados árboles —aunque seguramente silvestres y de fruto amargo. La

incertidumbre volvió a asaltarlo en aquella mañana.

—Adolfo, aclara mis dudas, por favor, ¿estuve antes aquí?

—No sé, Gabriel —no quiso responderle Adolfo—. ¿Qué te dicta tu memoria?

—Me dice que sí, que ya pisé este lugar, pero que hace mucho de ello. Y también que vine a visitar a alguien, mas tampoco lo recuerdo. —Se detuvo y recapacitó—. ¿Tal vez saliese de aquí corriendo, huyendo? —Adolfo no lo desveló—. Soy incapaz de recordar su rostro ni quién era.

—Pronto lo recordarás. ¡Entremos!